

FRANCISCO ARENAS-DOLZ (ed.), *Retórica y democracia. Perspectivas críticas sobre el estado de la investigación*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 2012. 371 páginas.

La retórica es una facultad de todo ser humano, pero nace como arte gracias a la democracia (p. 45).

Diecisiete capítulos, a cargo de dieciséis expertos, analizan la evolución de la retórica desde sus primeros pensadores hasta la época actual en una obra que ve la luz en forma de mosaico. Francisco Arenas-Dolz, profesor de Filosofía del Derecho, Moral y Política en la Universidad de Valencia, es el encargado de editar y encabezar la compilación.

La obra arranca con un “Estudio preliminar” que trata de acercar al lector al estudio de la retórica, tan descuidado como relevante en el desarrollo de la Ciencia Política. “La retórica es la materia cuya finalidad es enseñarnos a hacer uso del lenguaje” (p. 24), afirma Arenas-Dolz; quizás por eso Aristóteles (384–322 a. e. c.) la definió como “un arte”¹ en su obra clásica:

La retórica es correlativa de la dialéctica, pues ambas tratan de cosas que en cierto modo son de conocimiento común a todos y no corresponden a ninguna ciencia determinada².

Sin embargo, de un tiempo a esta parte hemos podido comprobar que afrontamos “una época en la que se consolida el fortalecimiento de la dialéctica y el deterioro de la retórica”³. A juicio de Laura Adrián, la “identificación [de la retórica] con la palabrería, el engaño (*ars fallendi*) y la seducción será un lugar común”⁴.

Empero, como advierte Arenas-Dolz desde el comienzo del libro, “el objetivo de la retórica no es la persuasión, sino indagar los medios de credibilidad (*pístesis*)” (p. 24). De ahí el espíritu valiente de una obra que plantea que “la retórica se refiere a todo tema que afecta a la vida humana” (ibidem).

Recuperar la presencia de la retórica es una tarea de gran valía. Especialmente si tenemos en cuenta que, como indica Jorge Loza-Balparda, “el papel de la retórica, su papel ausente, ha influido notoriamente en la evolución de la teoría política y social”⁵. Los autores de esta obra plantean un estudio de la retórica y su interrelación con la democracia desde la incipiente Atenas, donde se afirma que existía “un uso de la

¹ ARISTÓTELES, *Retórica*, trad. de Antonio Tovar, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1985, p. 4.

² Ibidem.

³ LAURA ADRIÁN-LARA, *Dialéctica y calvinismo en la teoría política contemporánea*, Tesis doctoral dirigida por Javier Roiz Parra, Universidad Complutense de Madrid, 2012, p. 386.

⁴ Ibidem.

⁵ JORGE LOZA-BALPARDA, “Una defensa de la retórica y el juicio”: *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*, vol. 10 (2010), p. 138.

palabra libre por parte de todos los ciudadanos, pero dentro de una organización oficial” (p. 33), como era la Asamblea. No obstante, el germen de lo que después sería abordado con pretensiones de estudio pormenorizado ya había sido esparcido entre los griegos, a pesar de que “la palabra era un arma no siempre clara y definida” (p. 35), como explica el filólogo clásico Francisco Rodríguez Adrados.

Posteriormente, la retórica empezó a convertirse en una cuestión más seria dentro de la antigua civilización mediterránea. Tanto, que “con *Las suplicantes* de Esquilo podemos comenzar a hablar de una persuasión ‘divina’ para objetivos ‘humanos’, políticos” (p. 46) que desembocaría en:

La construcción, desarrollo y subsistencia de la democracia, como vehículo ideológico al mismo tiempo que la democracia hace posible el discurso libre y persuasivo ante un auditorio de ciudadanos con poder político de decisión (p. 54).

El cariz público que adoptó la retórica encajaba, de este modo, con el carácter que Aristóteles le atribuyó, ya que al definirla como un “conocimiento común a todos”, como se menciona al principio, el filósofo la transformaba automáticamente en un elemento político.

Tras bordear la literatura mesopotámica antigua y la herencia de la culpa en democracia gracias a Miguel Herrero de Jáuregui y Luis Folgado Bernal, el lector llegará ante las puertas de Roma. A diferencia de Atila, podrá adentrarse en la capital del Imperio Romano de la mano de un célebre estilista latino: Marco Tulio Cicerón (106-43 a. e. c.). El rétor romano es un buen guía para esta incursión a pesar

de “los aticistas, que no reconocen que Cicerón representa el más alto punto que la retórica y la oratoria latinas pueden alcanzar” (p. 129). La disputa entre este autor y los áticos, que defendían el regreso a una retórica simplista, evidenciaba las diferencias existentes entre estas dos concepciones. Como explica Jaime Siles, experto en filología clásica:

Cicerón utilizó en la última etapa de su vida la retórica como un medio para expresar su oposición a unas corrientes convergentes que, imbuidas de personalismo helenístico-orientalizante, acabarían por imponer una dictadura disfrazada, primero, y un régimen monárquico después... Ya que el lenguaje es ideología, y el estilo y la retórica, también (p. 130).

En el tránsito hacia la era común, siguiendo en el Imperio Romano, las primeras escuelas de retórica junto con el poeta Ovidio (43 a. e. c.-17 e. c.) adquirieron protagonismo en la reivindicación de este arte, como destacan Esteban Bérchez y David Ros en sus respectivos capítulos. Sin embargo, el nombre que iba a resonar con más fuerza es el de un seguidor de Cicerón, Marco Fabio Quintiliano (35-95 e. c.), quien tuvo el privilegio de ocupar la primera cátedra pública de retórica del Imperio, creada por Tito Flavio Vespasiano (9-79 e. c.) (p. 142).

A pesar de todo, como muestra Jorge Tárrega Garrido, pronto surgiría un debate en torno a la ética y la retórica: “Si bien la retórica deberá ir acompañada de la ética, la primera es independiente de la segunda” (p. 164). A juicio de este estudioso, sorprende que Cicerón no tuviera mayores problemas en acercarse a la mentira sin

caer rotundamente en ella. Quintiliano fue más sutil en esta práctica. Este autor apostaba por recursos como la hipérbole, aunque se tratara igualmente de un disfraz de la realidad. Ambos teóricos “señalan que la verdad es un elemento axial del orador. Pero en sus mismos textos acaban reconociendo...que alguna mentira sí que es permitida” (p. 169).

El salto a la Era Moderna, después del debate en torno a la autoría del *De oratorius* gracias a Xaverio Ballester y del ejemplo vital del humanista valenciano Juan Luis Vives (1492-1540) a cargo de Marco Antonio Coronel, se produce de la mano de Björn Hammar. El profesor Hammar afirma que “la función de determinadas figuras retóricas, a través de las cuales cobran vida antes como el Estado, resulta sin lugar a dudas clave para concebir la política moderna” (p. 241), ya que, a su juicio, “se percibe tan poca retórica porque está omnipresente” (ibidem). De ahí que este autor destaque la metonimia como figura clave para construir los imaginarios políticos colectivos, por encima incluso de la metáfora.

Tras el estudio en torno al mito y la argumentación redactado por José Antonio Caballero, se encuentra el capítulo de Lola Bañón Castellón, profesora y profesional de los medios, quien dedica un apartado a los que cada día hacen uso del lenguaje para informar a los ciudadanos de lo que ocurre a cada momento, en cualquier parte del mundo: los periodistas. En él recuerda que “el periodismo es contar” (p. 287) y que “la retórica es por encima de todo el empeño en la comprensión de los fenómenos que rodean cualquier tipo de comuni-

cación humana” (p. 289), quebrando la cuadratura intelectual en la que tantas veces parecen encasillarse estos profesionales.

El testigo de Bañón lo recoge Michel O’Mara en su capítulo “Retórica mediática” con el que termina de hacer evidente que la retórica y su conocimiento resultan indispensables para construir una ciudadanía sólida. Ya planteaba Aristóteles hace más de veinte siglos que “la retórica forma parte de la filosofía práctica, junto a la ética, la política, la economía y la poética” (p. 323), cuestión que Jesús Conill recoge y completa:

Para llevar adelante una vida con sentido se requiere una orientación de la voluntad desde las tendencias y unas disposiciones, que, en último término, conforman una actitud ética... Vivir humanamente significa tropologizar, hacer retórica, actuar retóricamente (pp. 325, 334).

Narraba un cineasta alemán, Volker Schlöndorff, que la vida se compone de tres tiempos: el presente del pasado, el presente del presente y el presente del futuro; esto es, el recuerdo, la observación y la espera. Si hasta ahora *Retórica y democracia* había atendido esencialmente al recuerdo y a la observación, el capítulo final está dedicado a la espera. José Luis Ramírez define al ser humano como un animal retórico. Se pregunta si somos “seguidores o continuadores de la retórica clásica” (p. 342) y aboga en defensa de “una *retórica del desengaño*” (p. 343) capaz de otorgar el reconocimiento que este arte requiere:

Lo que hace falta no es meramente *saber*, sino sobre todo tratar de comprender: utilizar las herramientas adecuadas para —con buen juicio— interpretar la realidad en que vivimos y actuar en ella conscientes de lo que hacemos (p. 344).

Si advertimos que el profesor Ramírez miraba al futuro es precisamente porque, durante su exposición, exige que la formación en retórica comience desde la infancia:

Lo mejor que debemos hacer con los niños, en esta época en que los juegos y cánticos infantiles están desapareciendo de nuestra cultura, es justamente animarles a que jueguen con el lenguaje. Solamente entendiendo bien que el lenguaje es un instrumento auxiliar de la expresión, podemos dominar aquello que es la base de nuestro pensamiento y de nuestro obrar (p. 363).

Ya advertía un maestro como Javier Roiz que la “erosión de la retórica” es una de “las artimañas más violentas y triunfales”⁶ de nuestro tiempo. Libros como *Retórica y democracia* vienen a reivindicar su papel en la construcción de una sociedad verdaderamente democrática, a pesar de que en algún momento, como en el capítulo de Xaverio Ballester, se eche en falta una traducción íntegra del latín. Como sentencia el profesor José Luis Ramírez al final de su artículo, un escrito que mira al futuro: “La sociedad moderna no debe dejarse de retóricas, sino al contrario: advertirlas” (p. 371).

DANIEL FERNÁNDEZ LÓPEZ

⁶ Javier ROIZ, “Más allá de la retórica: la sociedad vigilante”, en *El mundo interno y la política*, Plaza y Valdés, Madrid, 2013, p. 143.